

EL DÍA DE ANIMAS CDD 921.173

Por José M. Quijano O. 1824 - 1823

I

NUNCA he podido explicarme la tristeza que se apodera de mi alma el día que acostumbramos llamar *de Animas*; pero es el hecho que hay algo, ajeno de mi carácter, que me domina, que me predispone á la tristeza. ¿Será que los muertos se apoderan realmente del día consagrado á ellos, y hacen sentir su influencia sobre los vivos? Sea lo que fuere, y sin tomarme el inútil trabajo de averiguar la causa, es lo cierto que pocos días ha habido más tristes para mí que el 1.º de Noviembre de este año de gracia de 1866.

El cielo estuvo encapotado todo el día, la atmósfera pesada; el sol no se dejó ver sino un momento y se ocultó luego tras negros y espesos nubarrones, en cuyos senos que alguien ha llamado hidrópicos, ocultaban el rayo. En este día se desató la borrasca que de costumbre se descarga sobre la ciudad en esta fecha; tempestad terrible, porque media docena de rayos son cosa demasiado grave para los *taizales*, pero un juguete, y de los más comunes, para los que han vivido algunos años en Popayán, durmiendo arrullados por el bramido de su volcán y despertando al estruendo de sus tempestades.

La naturaleza ejerce sobre mí una influencia magnética, ó yo no sé cómo llamarla, que hace que mi carácter se revista con el colorido que ella tiene:— alegre, claro, en una mañana de Diciembre; triste, meditabundo, en un día sombrío;— esta influencia, unida al continuo doblar de las campanas por el descanso de los que ya no existen, la obligada visita al cementerio, porque ¿quién es el afortunado que no tiene en aquel recinto alguna persona querida á quién ir á llevar una corona? los recuerdos dolorosos que se avivan, todo esto, digo, impresionó mi espíritu de una manera no acostumbrada.

Volví del cementerio profundamente triste y preocupado: había leído allí sobre las piedras tumulares más de un nombre caro para mi corazón; había encontrado en el lugar del descanso más de un compañero de mis mejores años. Oh! ciertamente este es el día de los muertos: olvidados más ó menos en el resto del año, llega también para ellos un día en que reco-

gon preces y lágrimas. Y bien! me dije, puesto que es el día de los muertos, pensemos en los muertos! y tomando una luz me dirigí á mi cuarto, donde me encerré para gozar el triste placer de estar solo y triste.

II

¿Para qué sirven todos los afanes, las angustias, las contrariedades de la vida, me preguntaba á mí mismo; todo no va á parar en ese lugar de donde vengo, donde la riqueza, el poder, la gloria, quedan confundidos con la miseria, la debilidad y la ignorancia? — ¿No acabo de leer el nombre de una víctima, y en la losa siguiente el del victoriano? — Junto á un nombre célebre ¿no acabo de leer el de una persona oscura, que fué desconocida, cuyo recuerdo no despierta eso ninguno? ¿Estos dos nombres ocupan lugares distintos, ó siquiera ocupa el uno más espacio en la piedra que el otro? No; están ambos en la misma línea; ambos cupieron cómodamente en la losa que los cubre; para ninguno de los dos fué estrecha la bóveda en que sepultaron su polvo! . . .

Al lado de una persona que supo sacar provecho de la desgracia, haciendo de ella la base de su virtud, descansó otra que, teniendo miedo de la vida, botó la carga y se arrojó en brazos de la muerte. Ah! si uno no creyera que la vida no es otra cosa que una jornada en la peregrinación de la eternidad, ¿á dónde podría conducirle lo que los ojos ven en el cementerio, si allí, más que en ninguna otra parte, el alma no adivinara lo que los ojos no alcanzan á divisar?

Si yo no creyera en la existencia de otra vida mejor; si dudara que hay una alma que alienta este cuerpo que mañana será polvo; si no creyera que en esa segunda vida, que espero, he de encontrar á Dios, cuya idea resuena en una sola palabra: — la justicia; si admitiera la posibilidad de que el espíritu desprendido del cuerpo . . . Y aquí fui interrumpido en mis reflexiones; sentí en mi cuarto un ruido semejante al que producirían las alas de una ave cuando las cierra para ponerse en alguna parte; había dejado abierta la ventana, y el viento, entrando por el roto de un cristal, apagó la luz. — La excitación en que me encontraba hizo que involuntariamente me levantara para huir; tuve miedo; pero una fuerza invisible me hizo quedar recostado en mi poltrona.

Gras notas en la pieza una claridad distinta de la del día, distinta de la que produce una luz artificial; me figuré luego entrever una sombra que tomaba asiento en la silla que había al frente de la que yo ocupaba, y me pareció reconocerla; era una persona querida, cuyo nombre había leído en el cementerio; conservaba la sonrisa que había tenido en la tierra, aunque notaba un aire de tristeza reemplazando la jovialidad que, á fuerza de ser habitual en él, vino á ser proverbial.

“ Pareció invitarme á conversar como tantas veces lo habíamos hecho durante su vida. . . y conversé con él dos horas largas; y le preguntaba y él me respondía; y poco á poco fué desapareciendo mi primera impresión y hablé con el amigo muerto, tan cordialmente como acostumbraba hacerlo con el amigo vivo.

. . . ¿ Habló realmente? . . . Veía su sombra? Lo que sonaba en mis oídos era su voz? ó ¿ era mi imaginación que en un momento de alucina-

nión se contestaba á sí misma lo que yo preguntaba en mi interior? En fin, aquel diálogo tenía positivamente dos interlocutores? ó era nada más que el resultado de mis impresiones del día, y aquella sombra era simplemente un nombre que de la piedra de una sepultura volvía á saltar ante mi vista, y á la cual mi antiguo cariño le prestaba forma y voz y vida?— Yo no lo sé:— si aquello fué cierto, cuento lo que me dijo; si fué un sueño, cuento lo que soñé, pero cómo una cosa puede ser si fué una alucinación, si fué que los recuerdos dispersos se agolparon á un tiempo para reflejar sobre un nombre, y ese reflejo dió vida á una sombra, inscribiendo también, antiguos cuento esos recuerdos, despertados por un nombre, y una fecha que hallé escritos sobre una lápida, en el día consagrado á los muertos.

III

—No te asustes, me dijo la sombra luego que vió que había yo dominado algo mi emoción;— comprendo que mi aparición tenía que producir en tí una impresión desagradable; pero, pasado, el primer momento, no creo que mi vista pueda tener para tí nada de terrible: ¿A qué puedo venir sino á estrecharte la mano?— Pero si continúas con los ojos saltados y con ese temblor nervioso que podría causarte daño, prefiero retirarme.

—No, quédate, le dije:— tú debes comprender la impresión que he sufrido, porque la naturaleza humana tienbla delante de lo que no puede explicarse; y como no he creído que los muertos vuelvan á la tierra, que los espíritus puedan abandonar el lugar donde Dios los haya colocado para venir al mundo... pero ya ves que mi emoción ha pasado, que estoy tranquilo, y que ahora, como antes eres, el bien venido.

—Bueno, me contestó:— comenzaré por decirte que es cierto, en la general, que las almas no vuelven al suelo donde dejaron su vestidura corporal; pero aparte de que nada hay imposible para la voluntad de Dios, hay un día que estando consagrado á ellos: exclusivamente, Dios les permite abandonar su morada por algunas horas, y venir al mundo: á oír una mirada sobre aquellas personas de quienes en aquel día han alcanzado oraciones y lágrimas. Tú has rogado hoy por mí y tus oraciones me han hecho mucho bien:— gracias! Hoy que es mi día, aquí me tienes en la tierra; después de haber bendecido á mis hijos, me querido ver, porque si es posible conservar al otro lado de la tumba los afectos que nos ligaron en la vida: mucho te quise, lo supiste; mucho te quiero, sábelo ahora; y te he escogido para darte un encargo.

—Has hecho bien; debes estar persuadido de que me esmeraré en cumplirlo, tanto más cuanto que la recomendación de un muerto es sagrada.

—Oyeme, pues; tú conociste mi vida, supiste mi horrorosa muerte, —y en aquel momento me pareció ver su frente agujerada, y una gran mancha de sangre sobre su corazón;— la sombra continuó:— mi vida no fué de aquellas de las cuales se agolpó lo que ustedes los vivos llaman la fama; fué sencilla, humilde, y si no me presentaría ante Dios exca-

ta de faltas, si pude presentarla limpia de manchas y de infamias. Mi muerte fué cruel, fué espantosa; todos los corazones han protestado contra ella; pero hasta hoy ninguna voz se ha levantado en mi defensa. No lo hagas tú, siempre que este hecho siga siendo uno de aquellos de que hasta el mismo verdugo se avergüenza; pero si alguna vez se quieren designar las causas de mi muerte, porque las verdaderas causas es mejor que permanezcan ocultas, si se llega á invocar la justicia para excusarla... oh! entonces levántate, y en voz bien alta defiende né mi nombre, porque el que muere lo deja flotando sobre las aguas de la vida como débil paja, y el infame quedé flotando sobre mi propia sangre, pero defiende la justicia, defiende siquiera la palabra, yá que en la vida no es posible darse cuenta de su verdadero significado.

—Lo haré, le interrumpí, extendiendo la mano.

—No lo dudaba; la cercanía á las cosas de la tierra ha despertado en mí susceptibilidades que había olvidado, que olvidaré cuando me despida de ti dentro de algunos momentos. — Algunos hombres quisieron mi vida, y la tomaron sin que á mí me fuera posible defenderla, ni regatearla siquiera; otros hombres inferiores á los primeros quisieron suprimir hasta mi nombre, de tal modo que no se viera ni sobre una sepultura en el cementerio, y mi cadáver fué sacado de su lugar de descanso y anduvo rodando hasta que la caridad de un hombre le dió nueva sepultura, evitando poner mi nombre encima para ahorrar una nueva profanación. Yo me he conformado con todo, y nada digo de la muerte que quisieron darme; y que me dieron; nada reclamo contra el insulto hecho á mi cadáver, pero sí protesto contra que se insulte también mi memoria; han querido agregar á mi nombre un apodo que lo infama, ha habido alguien que diga que fué sacrificado por...

—Te comprendo; le interrumpí.

—Es una felicidad que me adivines, y que me evites la pena de pronunciar una palabra que... né, no podría pronunciarla. A un hombre de mi raza se le asesina, pero no se le insulta. Tú conoces varios episodios de mis primeros años, no tanto de mi vida como de la de mis mayores, para comprender que esa palabra es para mí infamante, y que tengo que levantarme contra ella; — no pudiendo yo hacerlo, he venido á traerte esa omisión, ¿la aceptas?

—Sin duda, te contesté; pero temo haber olvidado algún episodio de los que convendría narrar.

—Entonces, óyeme atentamente; no me interrumpas porque los momentos son contados, no entraré en muchos pormenores porque la tarea sería demasiado larga; te presentaré cada escena en un cuadro, y tú los aclararás como mejor te parezcas, pues yo sólo pretendo dejarte el rollo.

La sombra pareció recogerse en sí misma un instante, y luego me dijo:

IV

“Son demasiado conocidos los incidentes que ocasionaron el 20 de Julio de 1810, y todos saben que el estallido de aquel día venía prepa-

zándose desde algunos meses atrás, aunque eran muy pocas las personas iniciadas en un secreto de tamaña importancia. La discusión originada entre el español Lorente y los granadinos Antonio y Francisco Morales, á propósito de un florero que solicitaba de Lloronta para adornar la mesa en el banquete con que querían obsequiar á Villavicencio, nombrado comisario regio, ese altercado fué la ocasión aceptada, ya que no buscada, por los que trabajaban en la obra de la emancipación.

Lorente rehusó dar en préstamo el florero que se solicitaba, pronunciando palabras insultantes para los americanos; don Antonio Morales le contestó energicamente, agregando á su respuesta una sorda bofetada, y de aquel incidente tan pequeño nació la obra grandiosa de nuestra regeneración. El pueblo se amotina, y don Francisco Morales, por orden del doctor Juan M. Azuero Plata, corre á dar la voz de alarma en uno de los cuarteles, donde había algunos de los comprometidos para cuando llegara el caso.

El tumulto crece; las campanas tocan á fuego; toda la población se ha reunido en la Plaza mayor como si se hubieran dado cita; se convoca el cabildo abierto, que se reúne al anochecer; el pueblo nombra su tribuno, y á las doce de la noche estaba firmada el acta de la Independencia.

Los dos hermanos Morales, que con razón podían considerarse como los héroes de aquel día, no abandonaron sus puestos sino cuando pudieron volver á su casa estrechándose las manos y dándose mutuos parabienes. Uno de ellos, don Antonio, se dirigió á la casa paterna á dar la gran noticia á su padre, don Lorenzo Morales, superintendente de la Casa de Moneda, que hacía consistir su orgullo en llamarse y creerse el más fiel vasallo de S. M. el Rey nuestro amo y señor natural; tenía, pues, que darle la noticia con toda clase de miramientos. El otro, don Francisco, se dirigió á quien iba á llevar un recado de don Camilo Torres, citándole para el día siguiente temprano. Desempeñada su comisión, volvió á la sala donde toda la familia estaba reunida, casa de don Luis Caycedo, que era uno de los prohombres de la junta revolucionaria.

Hacia año y medio que el hijo de don Francisco Morales, que llevaba su mismo nombre, se había casado con una de las hijas de don Luis Caycedo; estaban allí, y don Francisco, olvidándose la austeridad que usaban los padres de aquella época, sacudió fuertemente la mano de su hijo, diciéndole:

—Regocíjate; el desenlace de los acontecimientos que acaban de tener lugar, tal vez yo no pueda verlo, pero en cuanto á ti ya tienes patria para tí y para tu hijo.

—Sí, padre; y con la Patria os deberé más que la vida.

Ese hijo para quien el abuelo anunciaba haber conquistado patria, era yo, que había nacido pocos meses ántes y á quien mi Padre, entreabriendo las cortinas de mi cuna para bendecirme, miró largo rato con amor. Sin duda le complacía la idea de que si para ellos no había habido sino servidumbre, ya para su hijo, aun en la cuna, había Patria, esa Patria tan deseada, que sin duda aquella noche coloreó su sueño. . . . Oh! si en su sueño hubiera entrevisto el porvenir!"

V

“Pasaron seis años llenos de emergencias, de guerras civiles, de acontecimientos de que yo no podía darme cuenta en la edad que tenía. Yo oía siempre las palabras de Patria, Libertad, Independencia, cuyo significado no comprendía. Sabía que mi padre y mi abuelo ocupaban destinos de importancia; que su hermano, que había seguido la carrera de las armas, había alcanzado en ella honores y gloria. Un día, — y este fué el primer recuerdo que saqué de mi infancia, claro, preciso, — un día estaba toda la familia reunida en casa de don Luis Oycedo, mi abuelo materno: todos estaban consternados; despedazado el ejército de los patriotas, uno de los tenientes de Morillo había entrado á Cipaquiá, y uno ó dos días después la Capital sería ocupada. Todos temían la venida del ejército expedicionario; los horrores de la guerra en Venezuela hacían temer que las mismas escenas se repetirían en la Nueva Granada; todos horaban sus sueños de seis años antes, desvanecidos tan pronto. A pesar de los ofrecimientos que Morillo hacía, nadie tenía confianza en sus promesas porque ya sabían el modo cómo las cumplían los pacificadores.

—Y qué debemos hacer? preguntó don Francisco Morales á su padre.

—Aguardar serenos lo que Dios quiera enviarnos, contestó éste; la antigua vida de servidumbre no tiene halagos para mí, y si es que no hay salvación para la República, la muerte será la bienvenida.

Y saliendo de la sala me encontré en el corredor y se detuvo colmándome de caricias. Su hijo, — mi padre, — que lo había seguido, notó con sorpresa que al acariciarme tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Qué ocurre, padre mío, lo preguntó.

—No es nada, Francisco; va á hacer seis años que te daba yo la buena nueva de que ya tenías Patria para tu hijo. . . . ¿no te parece que la alegría ha durado muy poco, y que el despertar es terrible?

—Pero pueden volver mejores tiempos.

—Lo dudo, contestó el otro; pero yo no desconfío nunca de Dios ni de las causas justas. Si Dios salva este triste suelo, y el pueblo logra verse libre algún día, pueda él recompensar á sus hijos las amarguras de estos momentos y las que se nos esperan.

Y tomándose de brazo empezaron á pasearse en el corredor quedándome yo en el mismo lugar donde me había detenido, descifrando en mi imaginación el sentido de aquellas palabras, cuya gravedad me revelaba el corazón más que la inteligencia. Creo que las comprendí, y asustado corrí en busca de mi buena madre, en cuyo seno oculté mi cara bañada en lágrimas.

. . . El hombre que así hablaba era mi abuelo; su interlocutor era mi padre; el niño para quien decaban días de ventura y que la Patria recompensara en él sus amarguras de aquellos momentos, era yo. . . Es una positiva felicidad no poder adivinar el porvenir. . . . ¡Si ellos lo hubieran adivinado!

VII

“El auditor de guerra pasó inmediatamente á los respectivos calabozos á hacer la notificación de las sentencias, porque el padre y el hijo estaban separados. — Yá te he dicho que ambos se llamaban Francisco Morales, y como en la sentencia no se había puesto el apellido Galavis con que se distinguían, el auditor equivocó las sentencias, notificando al padre la de presidio, y al hijo la de muerte.

Ambos tenían noticia de la suerte á que estaban destinados, pero el padre se dijo: — “Yá estarán hartos de sangre y querrán ensayar el camino de la clemencia, pero al menos yo no la he solicitado.” — Y el hijo, que comprendía la equivocación que había sufrido el auditor, se dijo: — “Enhorabuena! yo moriré, pero salvaré á mi padre! no serán tan bárbaros que una vez cumplido este sacrificio quieran volver á principiar, haciéndolo estéril... Pero, y mi esposa!... y mi hijo!... No importa; ellos me perdonarán su orfandad cuando sepan que á tal precio compré la vida de mi padre!” Y marchó á la capilla.

Lentas y horribles debieron ser las horas que pasó en ella, fluctuando entre la vida y la muerte, no porque vacilara siquiera en el sacrificio que se imponía, pues desde el momento en que era indispensable que uno de los dos, su padre ó él, muriera, no había ni vacilación en su alma; pero temía que aquella equivocación fuera descubierta, que sus amarguras fueran perdidas y su padre sacrificado. El deseaba que las horas pasaran, pero que pasaran volando, para asegurar el buen éxito de su plan. No obstante, de cuando en cuando pensaba que cada una de esas horas que luía aceleraba el desamparo de su familia, y sentía una especie de remordimiento al desear que amaneciera el día siguiente. — Y luego, ¿si su sacrificio era inútil? si muerto él los pacificadores se contentaban con decir “un insurgente menos,” ¿y ordenaban que la sentencia dictada contra su padre se cumpliera? La horrosa conducta que habían observado en Venezuela justificaba estos temores; pero aunque amargaban más las últimas horas del condenado, no lo hacían vacilar siquiera en su resolución, y se decía: “Todo eso es posible, es probable atendido el carácter de nuestros verdugos; pero no por eso habré yo dejado de cumplir con mi deber; si consigo que mi padre viva, él será padre de mi esposa y de mi hijo; y si lo asesinan, podré salir á recibirlo con los brazos abiertos y el corazón tranquilo.”

Y ese hijo que en el momento de cumplir el más grande, el más bello, el más santo de los deberes del amor filial, cruzaba por su mente, y un momento lo hacía acordarse de la grandeza de su sacrificio, ese hijo para quien ellos querían comprar Patria á tan costoso precio, era yo.... Oht si hubieran podido adivinar el porvenir!”

VIII

“Aunque era muy niño fueron tales las impresiones que sentí que no las pude olvidar durante mi vida, y morí con ellas.

La situación de mi madre era espantosa, era más fuerte de lo que la naturaleza humana puede resistir. Ella sabía que su esposo se había salvado, porque en aquella época dos años de presidio eran la salvación; sabía al mismo tiempo que su padre político estaba condeñado á muerte, pero haciendo la debida parte de los sentimientos de la esposa y los de hija política, lloraba lágrimas amargas sin dnda, pero no tanto como hubieran podido serlo al tener que lamentar una doble desgracia como ella lo había temido.

En aquellos momentos sabe que su esposo está en capilla, y que será su suegro quien salga para el destierro; y yo no sé si adivinó con esa sublime penetración de la esposa, ó cómo supo la equivocación que iba á hacerla viuda, cortando del todo un porvenir que pocos años antes parecía inmenso.

Oh! qué horas de angustia, de dolor, de incertidumbre! — Con una sola palabra que ella pronunciara podía cambiarlo todo: volver á poblar el hogar que ya veía enlutado y desierto, restituir á sus hijos un padre cuando ya los veía huérfanos. Pero esa palabra, la pronunciaría? ¿haría estéril el sacrificio que su esposo se imponía con gusto en cumplimiento de un deber? ¿Sería ella quien hubiera de presentarse en la mitad de su camino para decirle: No, tú no eres el condeñado á muerte, tú estás salvado; — quien debo morir es tu padre? Si pronunciaba esa palabra era para salvarlo, es cierto; pero al salvar al hijo mataba al padre, y el hijo no le perdonaría su orfandad ni le agradecería la vida que él quería y debía sacrificar noblemente.

¿Puede idearse una situación más espantosa? Los sufrimientos morales en una de aquellas horas, los hombres pueden no comprenderlos, no admirarlos, olvidarlos más tarde; pero Dios los ve, los cuenta, y da fuerzas para triunfar en la lucha, y prepara recompensas para la victoria. Aquella santa señora no habló; confirmó y aceptó en su corazón el doloroso sacrificio; lloró en silencio la pérdida del lote de felicidad que creía que Dios le había destinado en el mundo; abrazó á sus hijos con un amor, con una ternura como si aquel fuera el último abrazo; y más tarde cuando veía á mi madre con ese aire de tristeza y de resignación que la acompañó siempre, me dijo más de una vez: — Pobre mi madre! ella también ayudó con su inmensa amargura de aquellas horas y con su tristeza de toda la vida, legado de aquella impresión, al rescate de esta Patria que tanto amamos....

IX

Estas escenas pasaban el 21 de Noviembre de 1816. Al día siguiente el sentenciado debía ser pasado por las armas. Lo sacaron de la prisión, conduciéndolo al lugar acostumbrado para las ejecuciones. Habían caminado una cuadra cuando el auditor de guerra fué advertido de la equivocación que había sufrido, por uno de los miembros del Consejo permanente que veía desfilar el fúnebre cortejo.

El auditor en vez de regresar con el preso, de notificar la sentencia al verdadero penado y de llenar todas las fórmulas acostumbradas y prescritas, juzgó más conveniente hacer detener la escolta, voló á la prisión, notificó la sentencia á don Francisco Morales, padre, lo hizo confesar á medias por alguno de los sacerdotes que siempre había en aquella cárcel, y custodiado por algunos soldados de la guardia alcanzó la escolta que conducía al hijo.

Este caritativo funcionario creyó que no se debía privar al pueblo del espectáculo que se le había ofrecido para aquel día, y que una vez que se había anunciado que habría fusilado, era menester que lo hubiera. Por otra parte, no se debía perder la ocasión de que aquel día era de mercado, y por consiguiente de numerosa concurrencia, y estos días eran preferidos, porque como se proponían hacer en los patriotas un ejemplar castigo, era conveniente que hubiera el mayor número posible de testigos. Además, el auditor no podía tener ningún temor de incurrir en ninguna responsabilidad, pues si había sufrido una equivocación la remedaba al punto; y si bien es cierto que había suprimido algunas formalidades, nunca la ligereza en los procedimientos y el aumento de crueldades habían sido vistos con malos ojos en el ejército expedicionario.

Una vez incorporado el reo en la escolta que iba á consumar la ejecución, el funcionario hubiera podido y debido hacer devolver al que iban á sacrificar por equivocación; pero éste comprendiendo á su modo el sentimiento que impulsaba al hijo que aceptaba la muerte para separarla de la cabeza de su padre, fué bastante miserable para imponerle como castigo de aquella laudable tentativa, la pena más horrosa que el patíbulo, de que presenciara la ejecución de su padre. Si fuera posible creer que un hombre no fuera hijo de nadie, yo creeria que este *digno* auditor no había tenido padres, pero por lo ménos estoy seguro de que no los conoció, y me parece evidente que Dios no le dió á él el indecible placer de recibir una caricia de un hijo.

¿Puedes figurarte lo que pasaba en el alma de aquel pobre hijo, que no sólo había consentido en morir sino que deseaba que la hora llegara pronto, temiendo que sucediera lo que sucedió, que todo fuera perdido? ¿Calculas su amargura después de que todos sus pensamientos estaban concentrados en una sola idea fija, invariable, salvar á su padre; y que cuando ya lo cree conseguido, cuando la marcha al patíbulo es para él un triunfo que lo hace olvidar todo lo que abandona, en la mitad del camino lo detienen para decirle:—Has consentido en morir por salvar á tu padre; conoces ya los horrores de la capilla; marchabas sereno al patíbulo, pero no eres tú quien debe morir, aguarda!... y presentándole á su padre maniatado, le gritan: Despidete!... pero quisiste burlar la justicia, ven á verla cumplir;” y lo arrastran, y á su vista sientán á su padre en en el banquillo... Oh! es horroroso!

Estando allí, don Francisco hizo acercar á su hijo, y abrazándolo estrechamente le dijo: “Adios, Francisco; Dios te recompense el noble sacrificio que intentabas hacer; lleva mi último abrazo á todos los míos, y diles que no duden que la Patria ha de renacer más fuerte que antes, porque son los **GODOS** los que levantan los cimientos y los amasan con nuestra sangre! dile á Antonio...” no se oyó más; la caju redobló; sepa-

raron al hijo que cayó de rodillas, cubriéndose la cara para no ver aquel horrible espectáculo, y un instante después sonó la descarga mortal. No hay exageración en decirte que había allí dos cadáveres: el de don Francisco Morales, atado al patíbulo, y el de don Francisco Morales Galavía, su hijo, cadáver con movimiento, á quien volvían á conducir á la prisión; pero siquiera al primero lo habían matado lisa y llanamente; en tanto que al segundo lo habían matado dos veces, haciéndolo apurar todos los horrores de los preparativos, haciéndolo presenciar la ejecución de su padre, y para colmo de crueldad haciéndole el triste presente de la vida.

Aquellos dos hombres sufrían tan terrible muerte física y moral; ¿por qué?—por patriotas. —¿Cómo se llamaban los verdugos?—los godos!! Oh! qué nombre!....

X

No me detendré en episodios y en pormenores porque el tiempo urge; ni te hablaré de mí porque es inútil para mi objeto; únicamente te recordaré que en el año de 1816 apenas salía yo de la infancia; que estas fueron las primeras impresiones de mi vida, esas que tú sabes que no se olvidan nunca; que mi adolescencia pasó en medio del torbellino de la guerra magna; que no oía hablar sino de Bolívar, de Patria, de Gloria; que me dormía oyendo las bazas y los horrores de don Antonio Morales que quería vengar la muerte de su hermano y que respiraba sangre; en fin, me crié entre el odio á los pacificadores, y que la primera flor que brotó en mi alma fué una flor negra, una flor sin perfume, que se llamaba: odio á los godos!

Entre aquella época y el año de 1861 traza una línea negra, esa es mi vida; para lo que tú tienes que narrar mi vida no es otra cosa que el guion que uno dos fechas.

XI

Cuarenta y cinco años después, realizado ya el sueño de la Patria, libres, independientes, aunque agitados por las guerras civiles, la Nación tenía ya un nombre, y propio; había una constitución que sus hijos se habían dado; había un gobierno republicano elegido por el pueblo y á quien el pueblo encargaba de sus destinos. Pero la República estaba dividida en dos bandos: estalló la guerra civil, los revolucionarios triunfaron, y la bandera de la Confederación fué arriada, el Gobierno legítimo disuelto, y sus defensores aprisionados.

Al día siguiente por la tarde, el 19 de Julio de 1861 (la misma fecha en que mi abuelo y mi padre habían sido conducidos á la prisión) tres hombres eran llevados á una de las plazas de los arrabales de la ciudad. Un batallón entero los custodiaba; la banda de música que iba á la cabeza del batallón tocaba á grande orquesta los alegres aires populares del